



LOS CUENTISTAS

MIRANDO AL CIELO AZUL

por A. VAZQUEZ LIMON

Sobre el balcón de piedra blanca como la luz de la luna que en ella rebota, apoya sus brazos de sedas sonrosadas.

Sus cabellos rubios, muy rubios, semejantes a chorros de oro líquido que corriese por sus espaldas, derretido en el hueco de su nuca divina, tiemblan al soplo del aire de la noche.

Y sus ojos, verdes y brillantes como un lucero de pálida luz, miran fijos al cielo azul.

Muy triste debe estar la niña de los cabellos rubios y de los ojos verdes cuando deja encoger su boquita de carmin en un gesto de pena que no quiere reprimir. Es que quizás al expresar su pena quiere que el cielo azul también sienta con ella el hondo mal que dilata en prolongados suspiros la blancura de su cuello de cisne.

Una a una y lentamente, cuenta mirándolas muy fija, nueve estrellas. Y al detener en cada una de ellas el brillo de sus ojos, que parpadean lentamente hace que también ellas tiemblen. Es que las estrellas al ser invocadas en muda contemplación temen no poder apagar el mal de la niña de la boca de fresa y por eso tiemblan de dolor.

La cara pegada a la reja del calabozo que ilumina la luna con sus pálidos rayos, el presidiario contempla también las doradas estrellas. Sus ojos oblicuos de torva mirada, interrogan a los luceros y su boca de labios secos y gruesos, se contrae, también, en un gesto de odio soberano.

Es que quizás quiere que las estrellas odien también a los hombres como él los odia, y las mira con su mirada torva para que temerosas se escondan y los priven de su luz.

Al fijarse en cada una de ellas las devora poco a poco y las estrellas temerosas tiemblan de horror, ante la traicora mirada de sus oblicuos ojos.

Pálido, frío, sus sedosos bucles extendidos sobre la blanca almohada; pálidos los finos labios y cerrados sus ojos inocentes que cubren de sombra

sus largas pestañas, descansa con la eterna paz de la muerte el niño alegre y querido.

Un rayo de luna traza una línea de plata en su frente coronada de rizos.

La barba redonda entre sus manos de marfil, los codos apoyados en sus rodillas, la madre del niño que murió, mira al cielo azul a través de las lágrimas de sus ojos.

En la estrella de la mañana fija su mirada implorante, pidiendo tal vez que devuelva la vida a aquel niño querido. Y la estrella de la mañana tiembla de dolor al no poder dar lo que quisiera entregar a aquella madre, que llora porque su hijo murió.

Los ojos implorantes se detienen en el cielo azul de la noche clara y quisieran penetrar el tupido velo que oculta el más allá del infinito, esperando quizás encontrar el alma del niño que parece que duerme y está frío.

Poco a poco, despacio, muy despacio, va naciendo el día.

Ya no alumbra la luna el blanco balcón donde interroga con ansiedad la niña enamorada.

Tampoco refleja sus pálidos rayos en la verja oscura del calabozo triste donde el hombre que llora su libertad perdida aguarda con la cara pegada a los barrotes.

Ni tampoco dibuja su pincelada de plata en la frente cubierta de rizos del niño de los pálidos labios.

El sol nace y al elevarse en el cielo que aún es azul, lanza sus rayos que dando un beso a la niña de sus labios rojos, recoge un suspiro de amor.

Y al penetrar rientes y alegres en el calabozo triste, provocan con su alegría un rugido de rabia del hombre que odia la luz.

Al besar con cariño la frente pálida y fría del niño dormido, recoge en un sollozo el dolor de la madre que mirando aun al cielo, espera al hijo que se fué para no volver.



Canción de la botella

DE RABELAIS

¡Oh Botella
toda henchida
de misterio,
tú haces bella
nuestra vida,

en suave cautiverio!...

En la ciencia de báquico criterio
vuestro espíritu busqué, prez y gloria:
que en el licor más grato a la memoria
Dionisios, celebrando su victoria
en la India, encerró toda su doctrina.
¡Oh sabia generosa, oh luz divina
que la afición auyentas y el recelo
El alma de Noé goce en del Cielo,
porque inventó tan dulce medicina.

Que la esencia de la botella
me libre de adversa estrella
y no se pierda una gota
de la líquida centella.

¡Oh Botella
donde flota
la ilusión adormecida!
¡Oh Botella
toda henchida
de misterio,
tú haces bella
nuestra vida

en suave cautiverio!...

Traducción de

MIGUEL ROMERO MARTINEZ